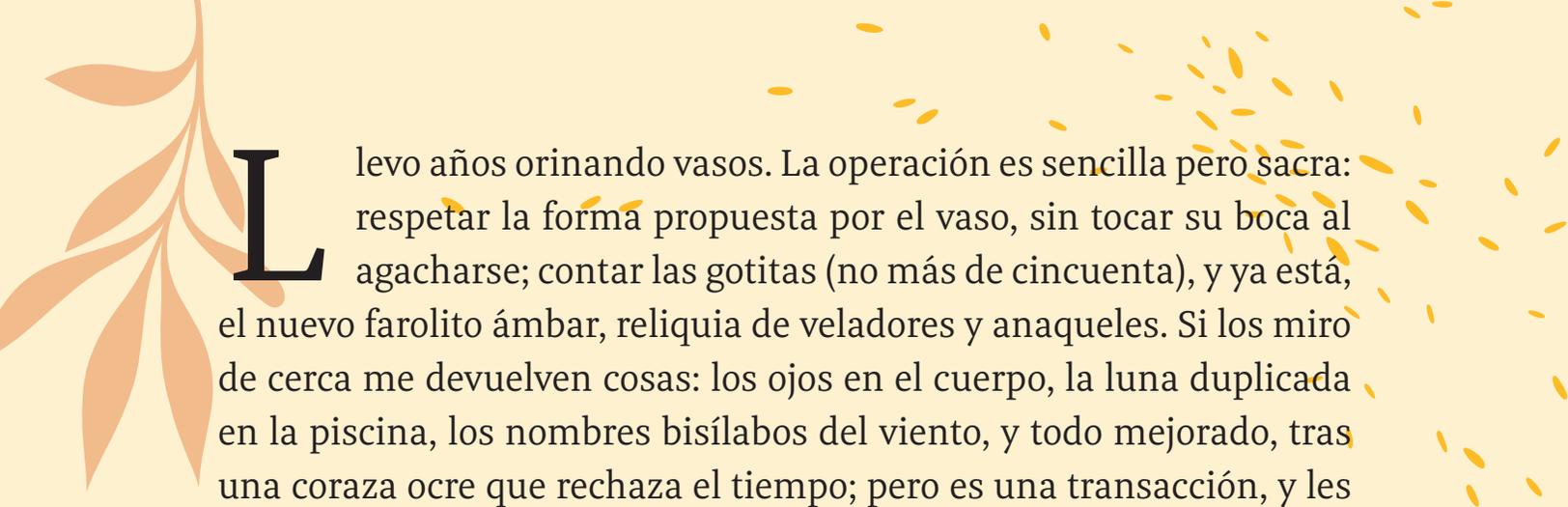




Ámbares

Iván Ochoa Quezada.



Levo años orinando vasos. La operación es sencilla pero sacra: respetar la forma propuesta por el vaso, sin tocar su boca al agacharse; contar las gotitas (no más de cincuenta), y ya está, el nuevo farolito ámbar, reliquia de veladores y anaqueles. Si los miro de cerca me devuelven cosas: los ojos en el cuerpo, la luna duplicada en la piscina, los nombres bisílabos del viento, y todo mejorado, tras una coraza ocre que rechaza el tiempo; pero es una transacción, y les debo respeto. Por ello soy lo que llaman puta beligerante. Me harté de los cuestionamientos: los de mi madre, que en su vejez se ha vestido de culpa católica, y sobre todo los de Mena, tan derechamente hipócritas. De tenerla enfrente le escupiría en la cara, tan cegada por su luciérnaga epifánica, Ginita, y si la terapia y los finales Disney y las acciones legales, blá blá blá. Pura mierda, no me quitará nada. No soy una Víctima del Mundo como ella, que sólo quiere protagonismo. Es muy sencillo: mis vasos son prueba de fortuna, de que he vivido a concho, que tengo ojos en la nuca que mirarán siempre a esos veranos en Calera de Tango.

¿Cómo podría ser tan malagradecida? Crecí encerrada, con el hedor caliente de la falta de plata, oyendo los gritos de Lupe en el quinto, al Astronauta llorando frente a la comisaría; ya entendía que agradecer la luz del día es consuelo de pobres, como todos los mínimos. Peor aun, saberlo de niña es otro síntoma de analfabetismo, porque es un dolor abstracto que te ulcera la panza y las yemas de los dedos, pero no puedes sanarlo con un nombre. Mamá no quería dejarme sola en esos barrios, y sabía que la alcurnia le haría bien a mis alergias. Te vas por el verano donde tus tíos, ya todo conversado, y sin tiempo de apelaciones me subió a una micro una mañana de diciembre, una maleta por mano. Por primera vez vi Santiago enverdercerse y expandirse como una por las mañanas, las casas cada vez más lejos unas de otras, más gordas y más Casas. Mastiqué el nombre por un rato, Ca-le-ra de Tan-go, porque se pegaba en mi lengua (donde se forma el sentido), y por lo mismo tenía sabor a misterio.

Recordar la casona es defenderla, y no pienso evitarlo. Defiendo su forma tosca, como distraída por una cosa brillante – la casa con déficit atencional. Defiendo los aromos que la cobijaban, la extensísima piscina, el telón de fondo de la cordillera; el cómo sillas de playa y mesitas y columpios estaban repartidos en el jardín, toda furia centrífuga promoviendo la vida puertas afuera. Estaba la pérgola cubierta por las parras (uvas caídas rodeando los neumáticos de los autos), y las sombras baleadas que proyectaban en el suelo. También la familia de torcazas que anidaba sobre la buhardilla – la más pequeña era una idiota que tardó semanas en volar, y caía sobre un montículo de hojas que hicimos por misericordia. Varios días, sin reparar tanto en ello, me dediqué sólo a recolectar esos detalles para degustarlos previo al sueño, cuando volviera donde pertenezco.

Llamarle mi pieza era un formalismo. Tía Juliana insistía en que nuestro deber como niños era ser riachuelos, así que fluíamos entre habitaciones. Siempre había restos de Federico en la pieza de Mena, algo de Luciano en alguno de los baños, y mucho comedor en la salita de juegos. Escogí mi pieza por razones mitológicas: no sólo era la pieza del panal (que colgaba cerca del alféizar), sino la más cercana a la capilla, el cuartito vacío visitado por una lengua de sol en las tardes. Según Luciano, se sentaban en el parque a dejar que Dios les lamiera las piernas. Las primeras noches, insufribles; el calor subía y se aglutinaba en la almohada, cultivo de sudores y jaquecas. Si abría la ventana escuchaba a los chicos, que nadaban desnudos hasta tarde, oyendo música o hablando de los ovnis en la parcela de los Weinreich. El truco era entreabrir la y gozar un soplo de brisa nocturna y el rumor benigno de los anfitriones.

Porque ingresar al círculo fue una labor onerosa. Aun hoy la hospitalidad me causa picazón en los brazos, y tiendo a rascarla con risitas que no siempre cumplen. Shock cultural, le llaman los cultos; para mí fue hormigación, la bofetada que te vuelve un bichito entre gigantes. Todo era un mirar hacia arriba, esquivar el pisotón de las

nueve habitaciones, los jarrones marroquíes y alfombras de NoSé del Norte, cosas insólitas para mi estirpe. Asistía a las tertulias, pero apenas; quien iba era una delegada deferente, mientras yo, la real Gina, seguía tras una minivitrina. Desde allí presenciaba los desayunos en el salón Polidor y sus sillas de nogal, tío Julián que del café sacaba al ministro de economía, y el Volegov asomándose detrás como acotando una cosita. Al mismo tiempo Luciano sorbía la leche, Mena comía en calzones, la tía fumaba yerba entre bocados de Caciocavallo, y todos se escupían la risa en la cara como acto de sumo cariño. Tanta disonancia para una nena de once años que miraba con fascinación cauta, no fuese a moverla demasiado. No me culpo por marginarme tanto al principio, mientras me ajustaba a esas cacofonías.

Al fin y al cabo eran parte de su encanto, porque todo era posible. Siendo hormiga me paseaba impune por varias viñetas usuales: Luciano rescatando abejas de la piscina y soplándoles de vuelta el ánimo sobre el mamperlán; Federico ocupándose en ser más rubio que nunca, pura sortija y anuncios de insolación y adolescencia, correteando a un perro llamado Próstata; Mena a la sombra de un aroma, fingiendo mirarse los dientes en un espejito rosa, cuando en verdad se juzgaba los pechos; tía Juliana sentada por el cáncer, hundida hasta el cuello en animal print y copiosas nubes de marihuana; y tío Julián persiguiéndonos con su Hi8, preguntando con tono pueril si todo bien, todo rico, todo feliz.

También estaba el cobertizo. A pesar de todas las habitaciones, Julián lo construyó cerca de las lavandas para darnos una instancia de sano secretismo. Una tarde, después del almuerzo, Mena me llevó a la fuerza. La contraseña era mostrar el pito, y nosotras compensamos con el juego de la teta intermitente: pezón al aire, pezón cubierto (bis). Allí, luego de varios días, aprendí la jerga de los chicos, que partían hablando por el medio y yo perseguía la cola de un tema que venía rodando hace minutos o días. Les conocí los gestos más íntimos: Fede

se rascaba una ceja cuando no estaba de acuerdo -la Ceja del Disenso-, y movía un dedo para despejar el hedor de los errores; Mena jamás asumía una culpa, y trababa la lengua en su intento de llegar al esoesloqueestabadiciendo; Luciano apuñalaba el aire con dagas monosilábicas para mantenerse presente. También conocí la Nevera, donde congelaban figuritas de acción en vasos de agua (les fascinaba la criogenia, herencia de Julián), designando uno por cabeza para ser sus avatares. No era ningún secreto, pero en el cobertizo guardaban su soberbia; a su manera todos se sabían inmortales.

Una vez trizada mi vitrina, nos deslizamos por la pendiente del cariño. Con Mena nos volvimos amigas; en el mismo cobertizo me habló de su atracción por Federico, que los besos ya no eran más un juego, y le quemaban la lengua con un fuego púrpura (me la mostraba, aquí lo tengo, Ginita, como un afta), y yo le inventaba consuelos, si tuviera un hermano así de guapo también, Mena. Fede también me remecía las entrañas, sobre todo al comer pollo con las manos y jactarse del tamaño de sus testículos. De un modo extraño no envidiaba los besos, sino el tener a Fede a distancia fraternal; a pesar de las cuantiosas trizaduras seguía sintiéndome lejana, una erudita sin praxis.

Y sí, los videos hicieron mucho por abrir de lleno la vitrina y anular esa distancia; había en ellos camaradería y aventura, las cosas que forjan lazos irrompibles. Mena me explicó la dinámica: a veces las ideas venían de los chicos, otras de Julián, pero todo siempre muy ameno y colaborativo. La mayoría eran recreaciones de películas, vestuarios y todo, un rescate donde el sauveur agradecía con una lamida de entrepierna y sumisiones varias (un día Luciano hizo de perro cojo, y dejó que Fede lo paseara desnudo por todo el perímetro), y así un cúmulo de sinsentidos, non sequitur, non sequitur. No había más exigencia que la de asegurarnos un buen rato. Mi primer video fue un beso con Luciano; entre nosotros creció un puente de baba por el que corrimos hasta la orilla del manoseo, la súbita cosquilla, el verle el entusiasmo apuntándole al ombligo. No se lo lamí de inmediato por

cosas de higiene; Julián se rio y le dijo que fuese más atento.

Tampoco dependíamos del lente, a veces uno empezaba el juego y el resto secundaba. Les llamábamos ensayos. Fede estaba habituado a Mena, por una cosa etaria y egoísta (además Julián siempre mediando), y aunque yo nunca odié a Luciano sí me sofocaban sus besos tan largos, yo sin respirar y él entrándome como para esconderse. Federico ya fumaba (todo un rito el enrollar tabaco, una labor que compartía con Juliana) y Mena se lo reprochaba; era otra muralla que le ponía enfrente. Era un imbécil, pero por acto de alquimia siempre quedaba en la vereda del encanto. Luciano le envidiaba el aura, y le chupaba el pito por si se le contagiaba, pobrecito.

Sin atender al orden cronológico puedo enumerar una miríada de roles: fui princesa voladora, villana de cómics, dama de jardín, vaquera intergaláctica. Jamás había querido ser actriz, pero sí aprendí a perderme en las rutas sinuosas de la fantasía, porque cada vez que aterrizaba seguía en Calera de Tango. Era un paroxismo perpetuo, y descubrir que los chicos sentían lo mismo (vaya una a saber si al mismo grado, porque ellos vivían ahí después de todo) fue al mismo tiempo natural y una curiosidad, como si algunos días fuésemos una sola cabeza. Esta idea le fascinaba a Luciano, que quiso ponerla en práctica: según él podíamos sentir cosas por otro, así una cuchara fría en el pezón de Mena podía repercutir en el mío y etcétera etcétera, y aunque los experimentos nunca dieron frutos yo me quedé con la imagen de nosotros como un grupo indivisible.

El asunto fue convencer a mi madre de que lo volviéramos una costumbre. Le llevé mi pena sin adornos, ella vio largo rato su reflejo en un plato sucio, y yo muerta por dentro con la idea de no relegarlo sólo a los veranos -cosa que ella leyó sin palabras, como hacen las madres-, hasta que se acordó dividir mi año en escuela y Calera de Tango. Le vi un asomo de sonrisa, y yo tan feliz que di vuelta un jarro de agua. Porque nosotros relegábamos marzo al rabillo del ojo. Cuando

pujaba y nos eclipsaba la vista lo enfrentábamos de maneras diametrales: yo abogaba por abarrotar los días, sugiriendo ideas de videos (la mayoría malísimas, el cine nunca fue lo mío), mientras los chicos soltaban de a poco, entregándose a horas muertas más y más extensas. Morían gentilmente. Sé que el primero fue el peor de todos, porque no había certeza de continuidades, pero la resolución de regreso cambió todo el panorama.

Marzo a noviembre desaparecidos en un zás (la irrupción filosa de un chapuzón en la piscina), y aterrizábamos de vuelta en la vorágine de las actualizaciones, las noches en vela con los pies en agua tibia y la luna duplicada, caricias en lugares ya mapeados y toda la sensación de microcosmos. Desarrollamos ritos de bienvenida que oscilaban entre fiestas de marihuana y tortas de selva negra. De cierto modo el jolgorio era también para Juliana, que había retomado las quimioterapias; estaba tan desanimada que no podía hacernos trajes para los videos. Fue un golpe muy bajo para ella, porque -intuyo- era su intento de vigencia; tras sus ojos había una añoranza que detenía justo antes de la codicia, como si resintiera ser adulta. La enfermedad (prueba fehaciente de adultez) la empujaba a compensaciones limítrofes, como su excentricidad impostada y las aptitudes que cultivaba. Sin su ayuda, Julián debió reformular su pomposo sello personal.

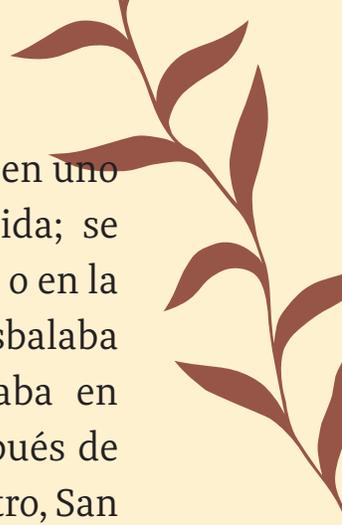
De ahí nació El Rey Amarillo, que hasta hace poco era sabido como nuestro mejor esfuerzo. El germen (porque eso era, una cosa insalubre) nació de su brevísima obsesión con documentales de vida animal. No hubo explicación satisfactoria -algo sobre conductas de cervatillos o bichos adyacentes-, pero el meollo del asunto era una competencia. La premisa muy sencilla, un grupo de vasos y nosotros armados con vejigas y botellas de agua, luchando por la cuantiosa suma de treinta mil pesos. Artimaña para grabarnos orinando, pero una en la que nos deslizamos rabiosos, y así cada uno llenando un vaso lo más rápido posible, sin desperdicios y con dificultades agregadas, entre ellas ropa puesta y puntos extra por beberlo.

Terminamos empapados y sabiendo cosas nuevas, como que Mena podía teleorinar y que Fede, el desgraciado Fede, tenía tintes de gourmet.

Como tantas cosas en la vida fue un gusto adquirido, y al poco tiempo lo convertimos en franquicia. Por más esfuerzos que hiciera (y hubo disciplina de por medio; agua cada dos horas y represión hasta el margen del desastre, con la convicción férrea de que ejercitaría la vejiga), seguía perdiendo ante Luciano y Federico. Las distintas variaciones volvían loca a Juliana, que defendía los derechos de sus azucenas y prohibía acercamientos a la piscina. Lo hicimos de todos modos. Yo creo, honestamente, que lo sentido cuando Fede apuntó de improviso a mi panza fue mi primer orgasmo; estaba el cosquilleo, el temblor de las rodillas, la ida al cielo y vuelta, la mueca como de limón fresco. Me tragué el impulso de contarle, y sigue siendo de esos secretos que una guarda con alegría macabra, como al ver a un querido en la calle sin que sepa.

Pero lejos lo mejor fue mi primera victoria. Después de tanto rato no me la esperaba, y entre risotadas y gorjeos fui al fin protagonista, gocé los vítores de los otros y hasta me rasga escribirlo, porque me sentí importante. Querida. Sentí el pasto en las plantas de mis pies como el choapino de mi casa, y moví los dedos para hundirme un poco en la sensación de pertenencia. Los chicos me premiaron con una figurita y vaso propios en la Nevera, no de agua sino orina, para fijarme en ocre, que es el espíritu del oro. Caída esa noche pensé: Gina, tú llévate este día, llévatelos todos; los tomé y los bebí con urgencia para guardármelos en la boca del estómago, donde nadie llegara a menos que me rompieran.

Y zás, años más tarde, la llamada de Mena. Rarísimo todo, no hablábamos desde el funeral de Juliana, que fue lo primero que recordamos al alero de las cordialidades. Cómo, después de ese periodo de aparente mejoría y pronósticos optimistas, la tía fue cayendo más y más en una vaga certeza de alejamiento, una boya



secuestrada lentamente por el oleaje. Según Mena, se sentaba en uno de los balcones sólo a mirarse las manos, como sorprendida; se cambiaba el reloj de muñeca por si se le ajustaba mejor en una o en la otra, izquierda, derecha (bis), pero estando tan flaca le resbalaba invariablemente hacia los codos. Me contó que Fede estaba en Copenhague, en una residencia artística, y que Luciano (después de mil pasos en falso) se asumió maricón y ahora vivía en The Castro, San Francisco. Dos risitas asomadas mientras yo bajaba guardia convencida que esto era sólo una sesión de espiritismo y cruzaba el umbral dorado del racconto, hasta que desliza el filo agrio, hay algo que quiero hablar, Ginita, eso que tú sabes. Te acuerdas de esos veranos en la casona, Ginita, cuando jugábamos de chicos, bueno resulta que, y yo instintivamente con la mano en el estómago para protegerlo, pero Mena hundió la daga y de paso la mano entera, yo casi vomitando, qué mierda hacían las palabras violación y pedofilia en mi tarde de domingo.

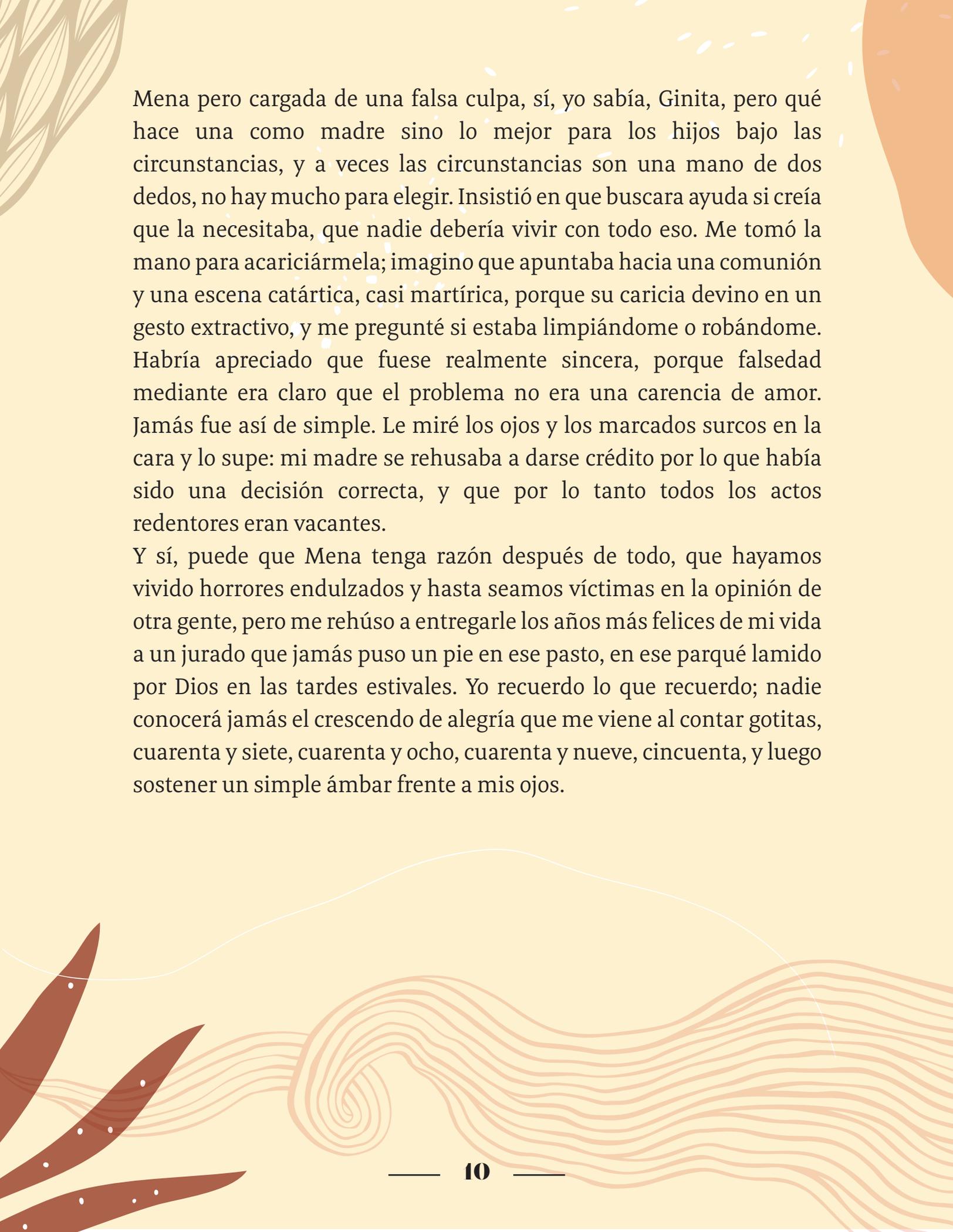
Me arrancó la memoria de golpe, y tuvo el descaro de explayarse. Que si recordaba los videos, el cómo todo se había diluido después de su primera menstruación, los intentos de Julián por remitirla a versiones anteriores de sí misma, mira, bonita, así lo hacías antes, con el mismo tono dulzón que usó para recortarle el vello púbico, el mismo que usó con Fede para prohibirle hablar en los videos cuando comenzó a cambiar la voz (sí, Mena, lo llamamos Sopraval, divertidísimo), el mismo para decirme Gina, Ginita, nunca una niña tan bonita, piel de chocolate. Y claro que sí, recuerdo a Julián en el columpio el que sería nuestro último verano, agobiado por una pena negrísima que se sacudió como todos los adultos. Siempre he lamentado que la promesa de los veranos eternos no fuese tal, pero así funciona el mundo, Mena, se lleva algunas cosas lentamente y sin que una se dé cuenta, pero lo importante queda en la memoria y lo bueno es ayudarla, acariciarla, y yo tengo mis métodos. Y de pronto Menllorando al otro lado de la línea, no tienes idea cómo nos

jodió, Ginita, me odio tanto, me quiero arrancar los pechos y ser niña para siempre, nunca he sido más feliz que con ustedes; lo peor es que no puedo odiar a mis papás por miles de razones, pero todo tan mal, Gina, todo tan mal.

Había tenido una de esas epifanías, el bichito alado que te visita de sorpresa diciéndote fuiste violada, Mena, lo que recuerdas es un fango, y luego la tiara de víctima. Me dieron ganas de gritarle, cómo se atrevía, joderse la psiquis con preguntas burdas es una cosa propia, pero no tenía ningún derecho a hurguetear en mis pocas felicidades. Que mirara todo lo que tenía, lo mismo Federico y Luciano, y que con dedos de frente se atrevieran a llamarse desafortunados. Continuó con una sarta de quejas, que le habían sugerido una demanda contra Julián y el inicio de terapia grupal (porque ya lo había comentado con otros, insólito), y ahí yo le escupí lo que había estado guardándome antes de cortar la llamada en seco. Le habría tenido algo de empatía, de verdad, de no ser por querer arrastrarme a su egoísmo. Ni siquiera pude llorar; estuve todo el rato aferrada al umbral del dormitorio, a oscuras, cayendo a la boca de una bestia turbulenta que masticaba mis entrañas.

Los días siguientes fueron atroces. No tomé nada de agua, y a cualquier intento de remembranza me sacaba una uña. Terminé con mano y media vendada. Extrañísimo volverse una criatura del presente, me parece un tiempo tan fatalmente huérfano. Las cosas parecen mucho más tristes. Mena hizo otros intentos de comunicarse, pero me volví alérgica al sonido de su voz y preferí no exponerme a más padecimientos. Sentí como si me hubiesen revuelto las entrañas dejándome vacía, el cascarón de Gina, inmune a las evocaciones. ¿Por qué Mena habría hecho una crueldad tan horrenda como la de despojarme de mí misma?

Para cuando hablé con mi madre ya estaba menos anémica, aunque seguía sin visitar márgenes de tiempo demasiado extensos. La conversación fue brevísima, porque siguió una ruta similar a la de



Mena pero cargada de una falsa culpa, sí, yo sabía, Ginita, pero qué hace una como madre sino lo mejor para los hijos bajo las circunstancias, y a veces las circunstancias son una mano de dos dedos, no hay mucho para elegir. Insistió en que buscara ayuda si creía que la necesitaba, que nadie debería vivir con todo eso. Me tomó la mano para acariciármela; imagino que apuntaba hacia una comunión y una escena catártica, casi martírica, porque su caricia devino en un gesto extractivo, y me pregunté si estaba limpiándome o robándome. Habría apreciado que fuese realmente sincera, porque falsedad mediante era claro que el problema no era una carencia de amor. Jamás fue así de simple. Le miré los ojos y los marcados surcos en la cara y lo supe: mi madre se rehusaba a darse crédito por lo que había sido una decisión correcta, y que por lo tanto todos los actos redentores eran vacantes.

Y sí, puede que Mena tenga razón después de todo, que hayamos vivido horrores endulzados y hasta seamos víctimas en la opinión de otra gente, pero me rehúso a entregarle los años más felices de mi vida a un jurado que jamás puso un pie en ese pasto, en ese parqué lamido por Dios en las tardes estivales. Yo recuerdo lo que recuerdo; nadie conocerá jamás el crescendo de alegría que me viene al contar gotitas, cuarenta y siete, cuarenta y ocho, cuarenta y nueve, cincuenta, y luego sostener un simple ámbar frente a mis ojos.